

D.ª MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

D.^a MERCEDES MARÍN DE SOLAR.

CANTO FÚNEBRE

A LA MUERTE DE DON DIEGO PORTALES.

Despierta, musa mía,
Del profundo letargo en que abismada
Yaces por el dolor. Musa de duelo,
Modera tu quebranto,
Inspiración benigna pide al cielo,
Y desde esta mansión de luto y llanto
Anuncia con acento lamentable
Una desgracia inmensa, irreparable,
Un crimen sin segundo,
Ingratitud nefanda
Que escándalo y horror será del mundo.

Mas ¿cuál sonido penetrante escucho
Que atormenta el oído y que resuena
En lo íntimo del alma? La campana
Es esta de la muerte, y ella hermana
Sus destemplados lúgubres sonidos
Con un coro de llantos y gemidos.

Justicia eterna, ¿cómo así permites
Que triunfe la maldad? ¿Así nos privas

Del tesoro precioso
En que libró su dicha y su reposo
La patria, y así tornas ilusoria
La esperanza halagüeña
De un porvenir que á Chile prometía
De poderío, de grandeza y gloria?
¿Dónde está el genio que antes diera vida
Á nuestra patria amada? ¡Oh caro nombre
Que en vano intenta pronunciar el labio
Mudo por la aficción! Su infeliz suerte,
Su prematura dolorosa muerte
No acierto á describir. ¡Ilustre sombra!
Perdona mi extravío en este canto,
Empapado mil veces con mi llanto.

¿Qué se hicieron los días venturosos
Del esplendor chileno?
El Pacífico en vano su ancho seno
Franquea á nuestras naves. Los pendones
Que victoria anunciaban
Y tantos nobles pechos inflamaban
Y terror infundieron al tirano
En su asiento lejano,
Ya en sangre y polvo envueltos
Se ven, y de vergüenza, ¡oh Dios! cubiertos.
Enrojecido el suelo
Está de sangre fraternal. Despojos
De víctimas humanas
Se ven doquier, y cual torrente fiero
De destrucción la muerte se ha lanzado:
La obra de iniquidad se ha consumado.

Sí, desencadenada,
Saliera del averno horrenda furia;
Oculta con cautela la sangrienta
Cuchilla á las traiciones avezada,
La torpe faz velada
Con apariencias dulces y engañosas,
Cual sierpe que se oculta entre las rosas,

Ella se arrastra y hasta el alto solio
Penetra del poder: allí combina
El plan de maldición. Su envenenado
Soplo respira sobre mil incautos
Corazones que, ilusos, extraviados,
De incomprensible error siguen su huella:
Los días numerados
Tiene ya de la víctima inocente;
Y no hay rasgo alevoso
Que del crimen odioso
La magnitud enorme no acreciente.

Tú mueres, ¡oh dolor! La cruda fiera
Que supo alucinarte con falsías
No respetó tus días,
Que tan queridos á la patria fueran.
¡Qué! ¿El mérito sublime,
El talento divino,
Poderosos no fueron á librarte
De tan injusto y bárbaro destino?
¿Con qué fatal conjuro el fementido
Pudo cerrar tu oído
Al aviso oficioso,
De la fiel amistad que al lazo oculto
Tus sagaces miradas convertía?
¿Cómo su noble celo
Rasgar no pudo el velo
Con que las encubrió la alevosía?

Mas ¿qué infernal instigación ofusca
La mente del traidor? Los beneficios
Que con tan larga mano le prodigas
¿No desarman la suya? La brillante
Carrera que le ofreces á la gloria,
Á la estima, al poder, á los honores,
Cual sendero de flores,
¿No halaga su ambición? ¿Ni aquella noble
Magnánima segura confianza
Con que le libras tu preciosa vida,

Un solo sentimiento
De lealtad á despertar no alcanza?
Tú, cual el grande Macedón, la copa
Apuras sin recelo,
No ya de saludable medicina,
Sino de activo y pérfido veneno.
Mas ¡ay! no era posible que en el cieno
De la maldad, un ser degenerado
Por tan viles instintos
De ambición y bajeza,
Percibiese el exceso de grandeza
Que encierra un proceder tan delicado.

¿Cómo, oh Dios, el prestigio poderoso
De la víctima ilustre, el crudo golpe
No vedó al asesino, como al cimbrío
La faz aterradora del romano?
La sacrílega mano
Quedar debiera al punto yerta y fría,
Al suelo descendiendo el hierro insano;
Pero no vió la luz del claro día
Esta escena de horror; tiniebla obscura
Sirvió de velo al crimen espantoso.
Nada en torno se oía: en el silencio
Que al modo de la calma precursora
De hórrida tempestad allí reinaba
Con imperio terrible y pavoroso,
Sólo un ¡ay! doloroso
El eco de la selva repetía
Y entre débiles auras se perdía.

Dime, infeliz Portales, ¿qué sentiste
Cuando el amargo cáliz de la muerte
Se presentó á tus ojos por la mano
De la negra maldad? ¿Di, cuál sufriste
Más agudo dolor? ¿Fué la injusticia
De la cadena atroz? ¿La alevosía
Y baja ingratitud? ¿Fué el pensamiento
Del hondo precipicio en que sumida

Vías la dulce patria, ó la memoria
De aquellas prendas á que la Natura
Con vínculos de amor te había unido?
Revélalo, amistad ardiente y pura (1),
Que cual numen de paz y de consuelo
Descendido del cielo,
Tu bálsamo suavísimo vertiendo
En el alma afligida,
Tocar pudiste la profunda herida.

Inútil fué el denuedo
Y tanta noble sangre derramada
Por la leal Milicia en su defensa;
Ni la preciosa vida
Del valiente Zaldívar en las aras
De la patria ofrecida.

Y tú, infeliz Cavada,
De la fiel amistad ilustre ejemplo,
¿Por qué mueres también? ¿Cuál fué el delito
Que provocó la rabia
Sangrienta de esos lobos carniceros,
Para cebarse en tu modesta vida?
Tú sigues á la víctima querida
Al sacrificio fiero; mas en vano
Su salvación procuras: el camino
Del dédalo intrincado
Por astucia infernal está cerrado.

Mas veo la venganza de los cielos
Descender al momento,
Confiada á nuestros bravos, que acometen,
Y cual llama que acrece el raudo viento,
Nuevo ardor los inflama
Á vista de la víctima sangrienta
Que exánime á sus ojos se presenta.

(1) Esta alusión se dirige al coronel D. Eugenio Necochea, que habiendo sido aprehendido junto con Portales en Quillota, le acompañó hasta la muerte. —(La A.)

Furor, ira, venganza, dolor fiero,
Llena los hondos pechos; por sus ojos
Raudal vertiendo de ardoroso llanto,
Esgrimen denodados el acero,
Que vibra refulgente cual espada
Del exterminador: seguid, valientes;
Purificad un suelo amancillado
Por tan horrendo crimen: no son hombres,
Son furias infernales las que cruzan
Ese campo fatal: corred, guerreros;
Perseguidlas en todos los senderos,
Y si huyen á sus hórridas guaridas,
Ponga el remordimiento,
Con incesante roedor tormento,
Fin espantoso á sus infames vidas.

Triunfáis al fin, y la afligida patria
Tornó de su angustioso parasismo,
Para sentir, empero, mil dolores
En el aciago triunfo. Al mismo tiempo
Que besa agradecida los laureles
Que el general valiente
Le consagra con llanto, un ¡ay! doliente
Se escapa de su seno, penetrado
De una inmensa aflicción. Un eco triste
Repite por doquier: «¡Murió Portales!»
Y todo es miedo, indignación y susto,
Y todo anuncio de futuros males.

No hay himno de victoria
En este infausto día, ni otra gloria
Que llorar y gemir. El pueblo en tanto (1)
Se avanza á recibir el don funesto
De la negra traición. La fiel matrona,
Sorprendida, aterrada,

(1) El pueblo de Valparaíso se adelantó á recibir los cadáveres de los señores Portales, Zaldívar y Cavada. Estos dos últimos quedaron sepultados allí; pero el de Portales, después de embalsamado, fué conducido con grande pompa á la capital, donde se le hicieron honores extraordinarios.—(La A.)

Su morada, sus hijos abandona
Y se muestra también: vertiendo llanto
En medio de las calles, las doncellas
Están de sí olvidadas. Los infantes,
Fijos los ojos en sus madres tristes,
Enmudecen de espanto;
Y el decrepito anciano,
Que ver tantos horrores no esperaba
Y en dulce paz tranquilo se gozaba,
Se enjuga el lloro con la débil mano.

Ardiendo en ira santa,
La juventud chilena se percibe
Á vengar el ultraje. No la espanta
Puñal aterrador; su sangre toda
Gustosa verterá, si así redime
El honor ultrajado y el reposo
De la patria infeliz. El entusiasmo,
Como fuego del cielo descendido,
Llena los corazones. Cuál quisiera
Con atrevida mano
Derrocar al tirano; cuál, tornando
Al mártir de la patria sus miradas,
Ansía seguir su huella esplendorosa,
Y halla suerte dichosa
La de morir llorado
Del pueblo libre, cuya dicha fuera
De su desvelo el fin..... Pero la patria
Verá días de gloria..... Noble arrojo
Será, no vil oprobio y desaliento,
El fruto del profundo sentimiento
Con que á Portales llora desolada
La familia chilena. ¡Sombra amada!
No te conmuevas en la fría tumba,
Ni turbe tu reposo
El pensamiento odioso
De ver por el tirano envilecida,
Aherrojada, oprimida,
Esta patria adorada.

Que merced á tu celo se vió un día
Á tan excelsa gloria levantada.

Mas oigo ya el estruendo
Con que el cañón anuncia que se acerca
El carro funeral. Lucida pompa
Se mira en torno de él. Los viles hierros
Que á la inocente víctima ligaron,
De signo ignominioso
En timbre de alto honor se ven trocados
Y en público espectáculo se ostentan,
No menos gloriosos
Que á los que al gran Colón apercibieron
Calumnia atroz y bárbara injusticia.
El carro en que á la muerte fué llevado
Por insanos verdugos,
Aparece en las calles enlutado,
Y de sorpresa y duelo
Indefinible sensación produce.
Ya la amistad con mano fiel conduce,
La faz en tiernas lágrimas bañada,
La ceniza preciosa
Al postrimer asilo. Reverente
Hondo silencio en torno se difunde,
Y arrobada la mente se confunde,
En solo un doloroso pensamiento.
¿Son estos restos fríos,
Es esta imagen insensible y muda
Lo que nos ha quedado de Portales?
¿Su indeleble memoria,
Sus acciones legadas á la historia
Son de hoy en más todo su ser y vida?
¿Dó está el soplo divino que animaba
Aquel semblante hermoso? ¿Dó se esconde
La mente osada, altiva,
De aspiraciones elevadas llena;
El alma firme, impávida, serena,
La mirada sagaz y penetrante,
La voluntad resuelta, decidida,

El aliento de vida
Que á todos de su espíritu animaba,
La pasión generosa y anhelante
De lo grande y lo justo? La faz yerta
Carece de expresión. No ven sus ojos,
Su oído no percibe ya el lamento
Y amargo sentimiento
Con que todos contemplan sus despojos.
¿Dónde estás? ¿Es posible? ¿Te perdimos
Para siempre jamás? ¿No nos escuchas,
Y el pueblo idolatrado
Es nada para ti? ¿Tú mismo en nada
Te tornas para él? Terror, espanto
Yerman el corazón y no hay consuelo....
Empero torno al cielo
Mis ojos, por el llanto fatigados,
Y veo allí la religión divina,
Que con faz de belleza peregrina
Y descorriendo misterioso velo,
Me muestra en los alcázares del cielo
El asilo dichoso,
Donde libre su espíritu reside
En sempiterna paz, en almo gozo.
«No llegan los malvados,
Me dice, á este lugar, ni su malicia
Dardos emponzoñados
Asestar puede aquí con mano aleve;
Los que están fatigados
Aquí descansan, y en el blando seno
Del Hacedor Supremo, no hay cuidados,
No hay insidias, ni engaños, ni traiciones.
De las viles pasiones
El imperio tiránico no alcanza
Á perturbar el goce inalterable
De este bien inefable,
Y su furor inútil aquí expira,
Cual las olas del mar tempestuoso
Contra el escollo inmóvil que las mira.

¡Salve, feliz y veneranda sombra!
¡Salve mil veces! Tu alma generosa,
Otra morada ocupa más grandiosa
Y digna de habitarse. El suelo impuro
Que premia la virtud con cruda muerte
No mereció, Portales, poseerte.
Habita esa mansión de luz divina
Que cobarde traición no contamina;
Mientras tu cuerpo helado,
Por la doliente patria custodiado,
Cual reliquia preciosa,
Entre los puros ardorosos votos
De un pueblo agradecido,
Ante el santuario del Señor reposa.

Á LA SEPULTURA

DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA, PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA
CHILENA.

Soneto.

Yace bajo esta losa muda y fría
El despojo mortal del Pastor santo,
Que en vano riega el abundoso llanto
De su grey solitaria noche y día.
La tierna Magdalena así gemía
No encontrando el cadáver sacrosanto
De Jesús, y tal era su quebranto,
Que la divina voz desconocía.
Cumpliósese aquí la ley de la natura:
Un vacío, un dolor, una memoria,
Sólo deja al morir la criatura;
Mas si rauda se eleva hacia la gloria
El alma eterna, refulgente y pura,
¿Dónde está de la muerte la victoria?

D. SALVADOR SANFUENTES.